

El vestido

● Después del lamentable episodio de la manzana y la serpiente, cuenta el Génesis que Adán y Eva se escondieron. "Yahveh Dios llamó al hombre y le dijo: ¿Dónde estás? Este contestó: Te oí andar por el jardín y tuve miedo, porque estoy desnudo; por eso me escondí. El replicó: ¿Quién te ha hecho ver que estabas desnudo?"

La Biblia no deja constancia de la respuesta de Adán a esta pregunta divina. Y la verdad, poniéndonos en su lugar, debemos aceptar que responder era muy embarazoso. Si Adán hubiese dado con una respuesta convincente, debería haber dicho algo así como: "Señor Yahveh, no puedo presentarme ante ti desnudo, porque de inmediato habrías visto que he pecado. Necesitaria vestirme para crearme una imagen, encontrar un detallito en mi ropa para aparecer virtuoso ante tus ojos y, así, salvarme de tu ira".

Si Adán no dijo esto fue porque, precisamente en ese momento, estaba descubriendo en unas burdas hojas de parra la principal propiedad del vestido: la de conceitar el engaño.

No me estoy refiriendo, por cierto, al engaño respecto a nuestra ineludible des-



neuz, al disimulo de escaseces o abundancias de nuestra anatomía que, en el pasado, pusieron de moda almohadillas por aquí y por allá o fajas reductoras y modeladoras. Nada eso. Estoy pensando en la imagen que cuidadosamente fabricamos al vestirnos para obtener ser aceptados por los demás no en lo que somos, sino en lo que pretenden que seamos.

Todo vestido es un uniforme. El empleado público que cada mañana se calza en un terno y ajusta el nudo de su corbata está componiendo una imagen que le imponen quienes acuden a su oficina. Lo mismo va para el empleado particular, público o semifiscal. El ejecutivo o el super-numerario.

Un artista plástico, por el contrario, si vistiera igual que un oficinista, despertaría la duda sobre su real talento a sus eventuales compradores. ¿Quién le compraría un cuadro a un artista de terno oscuro, cuello y corbata?

Si, Nadie se viste como quiere, sino como quiere ser visto y apreciado por los demás.

Por eso los avisos que requieren personas de "buena presencia" son tan perturbadores. Quienes acuden a ellos deben "tirarse un carril" tratando de imaginar la actividad en que pretenden ser desempeñe y lo que la buena presencia significa para los eventuales empleadores. Una empresa de pompas fúnebres, por ejemplo, hará residir la buena presencia en un vestuario oscuro y sobrio, ademanes pausados, introvertida discreción, mientras que si quienes pusieron el aviso tienen en mente contratar a un recepcionista de club nocturno esperarán encontrarse con alguien que vista con elegancia deportiva y que sea sonriente y extrovertido.

En la medida en que una persona sea públicamente conocida estará en mejores condiciones de liberarse de la tiranía del vestuario. No necesita de la tarjeta de presentación que es la ropa en tal o cual forma, pues su imagen ya está formada para los demás. En cambio, los que no son primeros actores en esta comedia que es la vida, sino simples partiquinos, habrán de depender de la ropa para ser reconocidos por lo que pretenden ser.

Nunca uno pone más atención a su vestuario, a los pequeños detalles, que cuando está a punto de perder el empleo o ya lo ha perdido, cuando pasa por un trance difícil y necesita de la ayuda de los demás, cuando siente que va caminando por la cuerda floja y necesita de una mano de los otros, para no caerse.

Esa es la razón por la que cada vez que me encuentro con un amigo al que hace mucho tiempo que no veo y advierto que está de punta en blanco... ¡se me encoge el corazón!

PARTIQUINO.